



LA LUNA JUNTO A TU CAMA

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

Me disponía ayer (hoy es 18 de febrero) a marcharme a la cama, tras una jornada algo vaga (por dispersa, no por vacua). Apagué a medianoche la luz de la mesilla y esperé la aparición del ansiado sueño, cuando me di cuenta de una extraña luminosidad que penetraba por los poros de la persiana y estorbaba la perfecta oscuridad de la habitación.



LA LUNA, A PUNTO DE DESAPARECER TRAS LA SERRA FALCONERA (MARXUQUERA) (FOTOGRAFÍA: JESÚS SALVADOR)

Me disponía ayer (hoy es 18 de febrero) a marcharme a la cama, tras una jornada algo vaga (por dispersa, no por vacua). Apagué a medianoche la luz de la mesilla y esperé la aparición del ansiado sueño, cuando me di cuenta de una extraña luminosidad que penetraba por los poros de la persiana y estorbaba la perfecta oscuridad de la habitación. Era ella, naturalmente. ¿Cómo pude olvidarla, cómo no recordar la presencia de esa dama de blanco sempiterna? Me reproché mi torpeza y

traté de enmendar la plana saltando de la cama y efectuando los preparativos de rigor...

Hay gente privilegiada, que a veces ni siquiera sabe que lo es: uno de tales privilegiados ignorantes fui yo en aquel momento (como muchos otros que divisaron y supieron apreciar la bella epifanía de aquel perfil anti-quísimo). Mi cuarto da a los patios interiores de un bloque de pisos, donde vivo a intervalos (mis otras moradas son un pequeño templo de retiro en Marxuquera y una

vieja y entrañable casa con ruedas con la que huyo de urbes y muchedumbres en busca de cielos oscuros y parajes ignotos...); como tiene su ventana orientada al este, la vía de escape de los astros, todos los días nacen por allí sus luces, casi siempre apagadas por las urbanas, más numerosas y menos sutiles. De tanto en tanto, sin embargo, las fuerzas del mistral o la tramontana barren los cielos de humedades y nubes bajas y, entonces, a la hora de visitar el catre, esas luces titilan con intensidad...

Mas cuando es la Luna la que saluda desde lo alto, entonces no es suficiente con admirarla: hay que rendirle tributo. Así que subes la persiana, coges un par de cojines, te reorientas para yacer en la cama en dirección a esa luz que filtran desechos nubosos y enlazas tus manos por detrás de la cabeza. Si quieres, añades algo de ambientación musical; no importa el género, a la Luna le gusta casi todo (aunque sospecho que el “*bum, bum, bum*” no es muy de su agrado...): desde Tchaikovsky y su ‘Patética’, con esos ritmos melancólicos del adagio final, hasta los *riffs* guitarreros de Jimmy Page en ‘Danzed and Confused’, por ejemplo; o, si lo prefieres, te limitas al rico y profundo silencio. Mientras se van oscureciendo las viviendas contiguas, mientras la Luna llena eleva su cara manchada, permaneces echado, como hipnotizado, y no piensas en nada. No puedes, porque aquello, lo que estás viviendo, está por encima de tu propia mente, y no sólo en el sentido literal...

Luego llegan las nubes. Pasan a través de nuestra confidente, trasgrediendo su haz luminoso. Debe gustarles el “roce”, porque parecen aminorar su recorrido por la faz lunar. Se desprenden chispas de colores vistosos, y grumos de nube prenden como fajos de paja reseca. Con la claridad lunar se aprecian formas y figuras en ellas: animales, monstruos, deformidades, ese bestiario nuboso que la imaginación estimula. Después, emasculada la pigmentación, los cirros (o quizá fueran cúmulos, quién sabe) se enfrentan a rivales más aseQUIBLES: ocultarán con facilidad constelaciones, astros planetarios y otras apariciones cósmicas similares.

La Luna recupera entonces su tez prístina justo cuando vuelves a poder pensar, aunque no sabes si afortunada o inoportunamente. Recuerdas aquellas clases de astronomía que escuchaste hace tanto en la Universitat

Popular de Gandía (o quizá fuese leyendo un libro de Timothy Ferris, o viendo unos de esos documentales del gran Carl Sagan, o tal vez incluso lo pensaste por ti mismo...), que señalaban, sin duda, que lo mismo que hizo a la Luna tal cual es, te ha hecho a ti, también, y a todo (y todos) los que te rodean. ¿Será, pues, alguno de los átomos de mi pie un residuo que antaño estuvo en la cima de alguna de las montañas lunares? ¿Los ‘Montes Teneriffe’, quizá (por lo del patriotismo...)? ¿Conservo en mi mano un registro atómico de la lava surgida en la superficie lunar, y que conformó después el Mar de la Tranquilidad? ¿Será parte de mis ojos materia procedente de un meteorito que, impactando en la fría cara lunar, rebotó hasta la Tierra hace casi cuatro mil millones de años...?

Seguramente no, pero de todos modos es bonito pensarlo. Y aún más lo es creer que tu mismo cuerpo, una vez termine su periplo en la Tierra, y si no cometes el error de enjaularlo en un féretro estanco, partirá a reunirse con otros átomos primordiales, los mismos con los que quizá estuvo de juerga y alborozo en tiempos indescritiblemente lejanos, mucho antes de Mitra y de Buda, de Cristo y de la manzana del pecado.

Aunque aquí, en la Tierra, vemos a la muerte como al enemigo al que hay que eliminar (queremos *matar* a la misma muerte), vida y muerte son una misma cosa, allá arriba, en el negro infinito. La clave puede estar no tanto en luchar contra la muerte, sino en vigorizar a la vida, darle un impulso, ponerle una marcha de más. Porque, como me dijo una vez una amiga que había perdido recientemente a un ser querido: “jode vivir cada día sabiendo que podemos morir, en cualquier momento; pero más jode morir y darnos cuenta, en ese último momento, que no hemos vivido...”

La Luna, con esa tez grande, redonda y amarillenta, tropieza ahora con el cemento de un edificio cercano, que parece tragársela y hacerla desaparecer ante mis ojos; instante que apago la música, devuelvo los cojines a su sitio original y me doy la vuelta, no sin antes de echar la persiana guiñarle un ojo a la dama. Mañana, Ella vuelve a salir, aunque un poco más tarde.

Yo, desde luego, la esperaré despierto.